

Revista de estudios de género. La ventana  
Universidad de Guadalajara  
ceg@cencar.udg.mx  
ISSN (Versión impresa): 1405-9436  
MÉXICO

2004  
Mauricio List Reyes  
MASCULINIDADES DIVERSAS  
*Revista de estudios de género. La ventana*, , número 020  
Universidad de Guadalajara  
Guadalajara, México  
pp. 101-117

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



## Masculinidades diversas<sup>1</sup>

Mauricio List Reyes

### Introducción

Dentro de los temas a considerar como parte de los debates en torno al género, uno que tiene particular importancia para el trabajo que desarrollamos es la referida a la asimilación que se ha hecho de los géneros con la heterosexualidad como si fueran consustanciales, y la idea de que la homosexualidad supone una tergiversación del orden genérico que conllevaría una feminización del varón o una masculinización de la mujer.

En este trabajo pretendemos mostrar, desde un punto de vista antropológico, el proceso de construcción de la masculinidad (y por lo tanto mostrar que ésta no es esencial del varón) y la relación que se ha pretendido establecer con un modelo de sexualidad hegemónica, partiendo de ligar género y sexo.

Nos interesa mostrar que masculino y femenino no son órdenes monolíticos y excluyentes; es decir, que el género no es un sistema binario de oposiciones, y nuestro planteamiento es que hombres y mujeres comparten

<sup>1</sup> Vale la pena tomar en cuenta, dentro de este trabajo, algunos cuestionamientos que realiza Judith Butler cuando se pregunta: “Cuando las teóricas feministas afirman que el género es la interpretación cultural del sexo o que el género se construye culturalmente, ¿cuál es el modo o el mecanismo de esa construcción? Si el género se construye, ¿podría construirse de manera diferente, o acaso el hecho de su construcción implica alguna forma de determinismo social que excluya la posibilidad de que el agente actúe y se transforme? ¿Sugiere la ‘construcción’ que algunas leyes generan diferencias de género en ejes universales de diferencia sexual? ¿Cómo y dónde tiene lugar la construcción del género? ¿Qué sentido puede tener para nosotros una construcción que no pueda asumir a un constructor humano previo a esta construcción?” (Butler, 2001: 40). En este sentido nos parece importante hacer hincapié en que el asumir al género como una construcción histórica y cultural no implica verla como un evento fatal al que no podamos cuestionar y, por tanto, modificar.

muchos elementos que han sido considerados privativos de uno de ellos, lo que conlleva problemas en la construcción misma de las identidades individuales y colectivas. Los desarrollos teóricos referidos al género y a la sexualidad han mostrado que estamos ante procesos dinámicos y no ante esencias concretas de los sujetos; no obstante, consideramos que no se ha insistido lo suficiente en ello, sobre todo cuando entramos a explorar casos concretos en los cuales las categorías teóricas son insuficientes para hacer referencia a la diversidad de formas en las que las personas entienden y viven esas identidades.

Dentro de ese contexto, veremos entonces cómo los varones gay van construyendo su propia masculinidad, en la que el reconocimiento genérico no impide asumir elementos estereotípicamente femeninos en una actitud burlesca, que puede interpretarse en algunos casos como un cuestionamiento de la propia masculinidad.

Consideramos que esta discusión nos permitirá ir avanzando tanto en la comprensión del propio proceso de construcción de la identidad masculina, como para entender más cabalmente el significado de ser gay. En este sentido, pensamos que es importante reconocer que la naturaleza inestable del concepto de masculinidad (Connell, 1997) nos permite desarrollar nuestra discusión en el marco de la diversidad y específicamente de la experiencia gay.

### **El desarrollo de la masculinidad**

El tema de la masculinidad no es sencillo de abordar, pues como construcción cultural e histórica que es, se encuentra rodeada de

una enorme cantidad de elementos imaginarios y simbólicos que hacen difícil su observación. A esos elementos hemos acostumbrado darles carta de naturalización, justificando con ello muchos de los comportamientos y actitudes que, sin embargo, no nos permiten tener una imagen completa de eso que llamamos “lo masculino”. No obstante, es importante enfatizar que el hecho de que nos refiramos al género, y particularmente a la masculinidad, como construida histórica y culturalmente y por tanto que asuma características diferenciadas en las sociedades humanas, no le quita vigencia al sustento teórico del patriarcado, sino que permite dar cuenta de que su valoración diferenciada en las sociedades humanas hace más compleja su comprensión y, por tanto, no puede ser explicada solamente como una bipartición social en la cual uno de los géneros (el masculino en este caso) somete al otro.

Esto nos lleva necesariamente a otra discusión que plantea Judith Butler cuando señala:

La suposición de un sistema binario de géneros mantiene implícitamente la idea de una relación mimética entre género y sexo, en la cual el género refleja al sexo o, si no, está restringido por él. Cuando la condición construida del género se teoriza como algo radicalmente independiente del sexo, el género mismo se convierte en un artificio vago, con la consecuencia de que hombre y masculino pueden significar tanto un cuerpo de mujer como un cuerpo de hombre y mujer y femenino tanto uno de hombre como uno de mujer (2001: 39).

¿Cómo podemos pensar entonces esta relación entre sexo y género? Habría que partir de que resulta fundamental que repensemos y rediscutamos esa relación en donde tendríamos que partir de que, desde este punto de vista, las dimensiones del género no se reducen a formas preestablecidas y dicotómicas, sino pensarlas como aspectos inestables en la conformación de la identidad del individuo y, siguiendo a Rubín, afirmar que “aunque el sexo y el género están relacionados, no son la misma cosa, y constituyen la base de dos áreas distintas de la práctica social” (1989: 184). Así, la propia autora reconoce que en un primer momento, cuando planteó la existencia de un sistema sexo/género, “no distinguía entre deseo sexual y género, tratando a ambos como modalidades del mismo proceso social subyacente” (p. 183), por lo que dicho sistema no tendría sentido en esos términos. Esta discusión adquiere significación cuando la enfocamos a los sujetos gay, particularmente quienes se reconocen y construyen en la masculinidad incorporando muchos de esos atributos que desde la infancia son asignados, y los aspectos de la preferencia sexual que entran en contradicción con su racionalización, debido a la construcción simbólica de la masculinidad como necesariamente heterosexual. De hecho, es ahí donde percibían estos sujetos gran parte del conflicto en las interacciones sociales.

Estas prescripciones respecto de la masculinidad, si bien se van desarrollando culturalmente, no la limitan a un orden exclusivo y aun cuando se establezcan discursos normativos que orientan esas mismas construcciones, en la práctica se presentan de manera dife-

renciada entre sujetos que se contrastan por razones de etnia, raza, clase, etc. Por mencionar un solo ejemplo, se espera que el varón sea proveedor; sin embargo, en la práctica esto no necesariamente se cumple, y aun cuando la mujer muchas veces sea quien asuma esas funciones, el varón suele mantener su prestigio y estatus social. Así, puede darse la reivindicación de esos valores que sustentan la masculinidad aun cuando sólo se queden en el plano discursivo.

Hemos visto en este sentido que ser hombre implica cosas diferentes en sociedades distintas. Diversos autores (Malinowski, Mead, Herdt, Godelier, etc.) han referido que en otras culturas el papel de la construcción de la masculinidad suele ser un trance difícil, que implica en muchos de los casos la vivencia de rituales de iniciación o de paso. Obviamente el ritual tiene el sentido de constatar que se han alcanzado los atributos de lo masculino.

Ahora bien, entender a la masculinidad como una identidad nos lleva entonces a pensarla no como una propiedad intrínseca del sujeto, sino a partir de su carácter intersubjetivo y relacional (Giménez, 1997); es decir, a partir de la interacción cotidiana con los otros. El individuo se reconoce a sí mismo reconociéndose en los demás, esa identidad no es esencial sino una construcción social e individual que requiere un sinnúmero de elementos culturales y relacionales para llevarse a cabo. Así, el individuo a lo largo de la vida la va construyendo, hasta que un día muere sin que el proceso constructivo haya culminado, y es que las transformaciones temporales y situacionales nos están llevando a un constante vaivén, cargado de nuevas interrelaciones

sociales que se multiplican cotidianamente, y éstas a su vez nos hacen pasar de un grupo de adscripción a otro. Ése, por supuesto, es uno de los elementos señalados por nuestros informantes: ¿cómo construir una identidad gay ante la ausencia de modelos positivos en los cuales reconocerse? El sentimiento de ser el único con esa preferencia es generalizado y más aún cuando el entorno está esperando esas demostraciones de hombría —heterosexual—.

Siendo como lo hemos dicho elementos intersubjetivos, la masculinidad y la sexodiversidad no son identidades que puedan ser incorporadas fácilmente, pues pasan por el ámbito de la interacción social y por tanto del reconocimiento que el entorno mismo hace del sujeto. En este sentido, cuando vemos que en éste las actitudes y los comportamientos de un sujeto no son considerados masculinos, se vuelve difícil incorporarse y poder interactuar socialmente. Obviamente esto no es privativo de la sexodiversidad, pues los sujetos que siendo heterosexuales no tienen el comportamiento esperado socialmente serán estigmatizados. Muchas veces inclusive esta estigmatización puede provenir del hecho de que el sujeto se considere a sí mismo como alguien que no cumple, por diversas circunstancias (económicas, de salud, etc.), con las expectativas propias de un varón; la inseguridad del sujeto lo puede llevar a pensar que es “poco hombre” por no poder conducir a su familia, mantenerla o dominarla.

Sin duda, Judith Butler expresa de manera elocuente el sentido del razonamiento que hemos expuesto cuando dice: “Si es posible hablar de un ‘hombre con un atributo masculino y entender ese atri-

buto como un rasgo feliz pero accidental de ese hombre, entonces también es posible hablar de un ‘hombre’ con un atributo femenino, cualquiera que éste sea, aunque se siga afirmando la integridad del género” (Butler, 2001: 57).

### **El papel de la preferencia sexual en la masculinidad**

Herdt (1992, 1997) y Godelier (1986), entre otros antropólogos, han mostrado por medio de sus investigaciones que los procesos culturales de iniciación a la masculinidad pasan por muchas variantes diversas, que pueden incluir muchas formas de legitimar el estatus de hombre, a través de prácticas que inclusive pueden resultar incomprensibles a nuestra mentalidad.

Gilbert Herdt analiza lo que denomina la homosexualidad ritual en Melanesia y señala cómo a través de diversas prácticas como la felación ritual se construye la masculinidad de los jóvenes:

Entre los sambia, se cree que las actividades homosexuales resultan vitales para el desarrollo biológico y psicosocial. Todos los varones son iniciados en una sociedad secreta organizada por grados de edad, coordinada con grupos locales de filiación patrilineal. A través de una prolongada fellatio homosexual, el esperma provoca el crecimiento y fortalece a los varones de edades comprendidas entre los siete y los catorce años (1992: 100).



Lo que aquí afirma Herdt es un hecho que ha sido constatado por diversos investigadores y que en fechas recientes se ha convertido en un importante tema de debate en el ámbito de estudio de la diversidad sexual; la discusión se ha centrado entonces en que no toda práctica sexual conlleva la construcción de una identidad sexual, como quiera que se entienda este último aspecto. De hecho, tendríamos que darnos cuenta de que dentro del grupo de los *sambias* esto es una forma de construcción de la masculinidad como podría ser en nuestra sociedad cualquier práctica de fuerza o valor entre los adolescentes.

En nuestro trabajo de campo en la ciudad de México pudimos constatar el hecho de que muchos varones acudían a sitios de encuentro gay pero sin reconocerse como tales, sino afirmando buscar diversión: “¡yo no soy puto!”, se puede escuchar por parte de estos sujetos, quienes podían tener encuentros sexuales con otros hombres sin menoscabo de su autorreconocimiento como heterosexuales, de ahí que recuperemos la noción de hombres que tienen sexo con hombres (*h-s-h*), la cual nos permite hablar de sujetos con prácticas que, sin embargo, no conllevan una construcción identitaria. El mismo Matthew Gutmann señala:

Entre algunos jóvenes obreros se considera que la experimentación sexual entre miembros del mismo género es algo positivo y un rito de iniciación. Todo lo anterior hace que resulte imposible y equivocado categorizar a los jóvenes, en forma individual o en grupos, como heterosexuales, homosexuales o bisexuales. Después de todo, estos jóvenes

están intentando escapar precisamente de esas etiquetas incluso cuando las articulan y manipulan (2000: 193).

A lo largo de la investigación que llevamos a cabo, se hizo evidente que en el proceso identitario se hallaba presente la homofobia internalizada, que lleva a los sujetos a no reconocerse en un primer momento a partir de su preferencia sexual. Por supuesto que encontraremos muchas variantes en este sentido: desde el sujeto que no se reconoce en su preferencia sexual hasta aquel que aún no puede aceptar la existencia misma de esa preferencia.

“La heterosexualidad es un mito. Una invención. Una patraña. Es un producto histórico y social; el resultado de una época y unas condiciones sociales determinadas. Porque la heterosexualidad no es universal. Es algo nuestro, occidental, cristiano” (Guasch, 2000: 17).

Con esta aseveración contundente inicia su libro el antropólogo que hace una reflexión sobre lo que llama la crisis de la heterosexualidad. Su argumentación se basa en que la heterosexualidad es una invención occidental del siglo XIX; su opuesto, la homosexualidad tiene el mismo origen. Antes, dice Guasch, no existían las identidades sexuales, simplemente había gustos sexuales, todos distintos y en todo caso se reconocían pecados sexuales relacionados con ciertas prácticas. A partir de qué práctica devino en identidad sexual se trastocó todo el campo de la sexualidad. Los hombres dejaron de tener “prácticas sodomíticas”, dejaron de cometer “el pecado nefando” para convertirse en “invertidos, en homosexuales”.

Weeks en este sentido afirma que:

La identidad no es un destino sino una elección. Pero, en una cultura donde los deseos homosexuales —femeninos o masculinos— siguen siendo execrados y negados, la adopción de una identidad lesbiana o gay constituye inevitablemente una elección política. Estas identidades no son expresiones de esencias concretas. Son autocreaciones, pero creaciones en términos no elegidos libremente, sino establecidos históricamente. Así, las identidades homosexuales ilustran la relación entre la restricción y la oportunidad, la necesidad y la libertad, el poder y el placer (1993: 333).

Esta polémica nos permite entonces señalar algunos puntos que consideramos importantes dentro de la discusión sobre la diversidad sexual. Es necesario separar dos cosas: práctica sexual e identidad sexual. Sin duda esta distinción nos permite darnos cuenta de que se habla de dos cosas distintas y que los sujetos se reconocen o no como parte de un grupo sexual en la medida en que construyen una identidad con él.

De ahí que nos tengamos que preguntar lo siguiente: ¿qué pasa con los sujetos, hombres y mujeres, cuando no cumplen en sentido estricto con los roles genéricos esperados? ¿Cómo habría que considerarlos? ¿Como no-hombres o no-mujeres por ejemplo? ¿En qué momento estos comportamientos se entrecruzan y confunden con los de la preferencia sexual? ¿Qué pasa con los hombres de modales afectados o las mujeres rudas que viven y disfrutan su preferencia heterosexual?

Por supuesto, a medida que avanzamos surgen más dudas que respuestas y todas esas preguntas se dan a partir de una visión crítica de la realidad. ¿Cómo podemos, en los términos arriba señala-

dos, plantearnos una construcción identitaria que remita al sujeto al reconocimiento con sus “iguales”?; ¿cómo podemos hablar, por ejemplo, de “los varones” en términos generales cuando las condiciones históricas y socioculturales son distintas y se ven enfrentados a retos diferentes considerando aspectos como clase social, etnia, raza, etcétera?

### **Relaciones masculinas**

A partir del género sabemos que existen esas formas de interactuar y que particularmente entre hombres y mujeres se hallan presentes las jerarquías de relación de las que ya hemos hecho mención. Éstas suponen diferentes maneras de relacionarse a partir del género y de la preferencia sexual de los sujetos. En este sentido encontramos que socialmente se han establecido reglas y normas que regulan cuándo, cómo y con quién podemos interactuar y así evitar ambigüedades.

Entre varones existen reglas implícitas de encuentro y socialidad a partir de las cuales se establece la proxemia entre los sujetos. Dos hombres pueden estar juntos pero de cierta manera, en ciertos momentos y en determinadas circunstancias, sin que ello dañe la imagen o relación establecida entre ellos. Por supuesto ello también se encuentra regulado por la distancia social que puede existir entre esos sujetos.

Así encontramos que un abrazo entre hombres sólo compromete el pecho y los brazos, se acompaña de palmadas y sólo dura unos instantes; se ponen a resguardo los genitales. Todos esos contactos conllevan un riesgo: el reconocimiento de la vulnerabilidad y, lo que es peor, que

ésta se dé frente a otro varón con el que se esperaría mantener al menos una posición de igualdad. Podemos decir entonces que se crea una actitud de resistencia en la que el sujeto evita las situaciones en las que puede ver en peligro ese poder del que hemos hablado.

¿Qué pasa cuando hay un homosexual presente en una de estas situaciones?, ¿cómo reaccionan el resto de los varones?, ¿cómo lo hacen las mujeres y cómo lo hace el sujeto gay?, son todas ellas cuestiones que nos hablan de la consideración que se establece en relación con la masculinidad del otro.

Nos encontramos con que el contacto físico que establece el resto de los hombres suele volverse más distante y menos afectuoso y no porque deje de sentirse cariño, amor o amistad necesariamente cuando se descubre que un sujeto es gay. Más bien lo que suele suceder tiene que ver con que se imagina al homosexual como un sujeto cuyo motor es eminentemente sexual, que piensa, reacciona y actúa a partir de ese deseo y ello, sorprendentemente, no sólo pasa entre amigos, aun entre parientes suele existir esta idea.

Cualquier contacto físico, cualquier mirada atenta, todos aquellos contactos que con hombres heterosexuales se dan fácil y manifiestamente, con el gay suelen volverse situaciones complejas, incómodas, embarazosas, que trastocan las relaciones interpersonales.

Pero, ¿qué pasa con las relaciones entre varones gay? Sin duda éste es un tema amplio y complejo en el que se presenta una serie de posibilidades en las que paradójicamente también llegan a estar presentes ciertas dosis de homofobia.

Entender las relaciones entre los sujetos del mismo sexo implica explorar muchos ámbitos de la vida cotidiana de los sujetos en la que se encuentren incluidos tanto la afectividad, la sexualidad y la socialidad, pero donde tienen que considerarse de manera importante los elementos contextuales (socioeconómico, regional, étnico, etc.) que nos permitan identificar aquellas circunstancias que de alguna manera definen esas relaciones interpersonales.

### **Conclusiones**

Por supuesto que tratar de concluir a estas alturas la manera en que se da la construcción de la masculinidad resulta aventurado, pues hemos visto cómo gran variedad de aspectos histórico-culturales inciden directamente en las maneras en que las sociedades han estado normando el papel del género. Si bien esa normatividad se ha basado solamente en un orden heterosexual, en el que lo que define al género es la relación que establecen hombres y mujeres, y cuyo trasfondo está constituido por el poder, los planteamientos que hemos desarrollado en este artículo pretenden mostrar que su contenido es mucho más complejo, y que la masculinidad no puede pensarse solamente como una forma de ejercicio del poder; no obstante que su papel en estas relaciones es, sin lugar a dudas, importante, se ha magnificado, haciendo que se pierdan de vista muchos otros aspectos fundamentales en las relaciones que se establecen con el mismo y con el otro género.

Ahora bien, con las reflexiones vertidas en este trabajo apenas hemos podido avanzar en el reconocimiento de que

eso que hemos llamado masculinidad resulta sumamente relativo a las condiciones socioculturales de los pueblos en los que se han investigado estos temas. No obstante, esa relatividad no implica la imposibilidad de poder desarrollar teóricamente estas discusiones. Por el contrario, la variedad de manifestaciones de la masculinidad y de la sexodiversidad nos hace darnos cuenta de que estamos ante temas de una enorme complejidad, que tienen que ser discutidos en el marco de cada sociedad.

Es importante mencionar que uno de los temas que resultan más polémicos y difíciles de desarrollar por sus implicaciones es el de la identidad, sobre todo tomando en cuenta las propuestas posestructuralistas, y para el caso que nos ocupa la teoría *queer*, que aparentemente nos encaminarían a la generación de un discurso sobre la disolución de las identidades, lo cual, al menos hasta el momento, no es nuestra intención. Lo que sí se requiere desde esta argumentación es repensar las identidades como entidades dinámicas; masculino y femenino, ya lo hemos dicho, no pueden ser consideradas como formas binarias y excluyentes, sino como órdenes normativos mediante los cuales se han construido las jerarquías sociales que determinan el papel de los sujetos en las interacciones sociales.

Con el desarrollo de comunidades sexodiversas, fundamentalmente en Estados Unidos y Europa, muchas estéticas gay proliferaron en la búsqueda de la construcción de identidades particulares, por un lado, y del ejercicio de su sexualidad, por el otro. Esto por supuesto ha generado complicaciones a la construcción de una masculinidad he-

terosexual a partir de la diferenciación con la homosexualidad, ya que buena parte de los elementos simbólicos que le daban sustento fueron apropiados por distintas subculturas gay.

Es importante destacar el hecho de que la construcción de la masculinidad como proceso por el que prácticamente todos los varones pasamos en algún momento, se encuentra separada e independiente de los procesos de construcción de una identidad sexual, de tal forma que en otras sociedades los ritos de paso inclusive pueden ir aparejados con encuentros sexuales entre varones en la construcción de una masculinidad adulta.

Por otra parte, en una sociedad eminentemente homófoba como la nuestra, el proceso mismo de construcción de una identidad gay evidencia que se hace necesaria una toma de posición de los sujetos, a partir de la cual estén dispuestos a asumir su identidad con las consecuencias que ello implique. En este sentido, la asunción de la preferencia sexual y por tanto la construcción de la identidad correspondiente es un acto conscientemente realizado y, por ello, implica un papel activo del sujeto.

La afectividad entre varones está plagada de formas en las que quiere demostrarse, pero de manera velada, oculta. Nuestra cultura del afecto entre varones sigue siendo aún muy pobre. Los padres muchas veces no se atreven a tocar a sus hijos, principalmente cuando son mayores, y muchas demostraciones de afectividad entre amigos se pueden volver sospechosas. Aun cuando se observan costumbres de otros países como el beso en la mejilla entre varones



o deambular tomados de la mano, no es bien apreciado por los varones en nuestras sociedades.

Finalmente, nos parece importante señalar que en el desarrollo de los estudios de masculinidad y diversidad sexual apenas empezamos a reconocer los contornos de un universo muy amplio de formas culturales y simbólicas, sobre todo en el caso de las culturas locales, que requieren un mayor estudio para ir comprendiendo su complejidad.

### **Bibliografía**

- BUTLER, Judith. "Variaciones sobre sexo y género", en LAMAS, Marta (comp.). *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. Miguel Ángel Porrúa, PUEG-UNAM, México, 1996.
- . *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós, PUEG-UNAM, México, 2001.
- CONNELL, R. W. "La organización social de la masculinidad", en VALDÉS, Teresa y José OLAVARIA (eds.). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Isis Internacional, Flacso-Chile, Santiago, 1997.
- GIMÉNEZ, Gilberto. "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en *Frontera Norte*, vol. 9, núm. 18, julio-diciembre de 1997.
- GODELIER, Maurice. *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Akal, Madrid, 1986.
- GUASCH, Oscar. *La crisis de la heterosexualidad*. Laertes, Barcelona, 2000.
- GUTMANN, Matthew C. *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*. El Colegio de México, México, 2000.

- HERDT, Gilbert. *Homosexualidad ritual en Melanesia*. Fundación Universidad-Empresa, Madrid, 1992.
- Same Sex, Different Cultures. *Exploring Gay & Lesbian Lives*. Westview, Boulder, 1997.
- SEIDLER, Víctor J. *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. PUEG-UNAM, CIESAS, Paidós, México, 2000.
- WEEKS, Jeffrey. *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*. Talasa, Madrid, 1993.